# El abanico con cuatro varillas

*Shyvirelle*

El abanico medía menos que una mano abierta. Tenía cuatro varillas negras, un pequeño remache de cobre y un borde de papel endurecido que alguna vez debió de ser azul. Cuando lo dejaron sobre la mesa de conservación, nadie supo si tratarlo como un accesorio de baile o como una miniatura para una vitrina de curiosidades.

—Es el abanico de Lidia —afirmó Marcelo, encargado de preparar los textos de la exposición.

A su espalda, una fotografía de cuerpo entero mostraba a Lidia Arce, bailarina de la antigua sala Aurora, detenida en una postura de brazos altos. Junto a una de sus manos se veía una silueta de cuatro puntas, abierta en media luna. El catálogo de una muestra anterior la había llamado «abanico ceremonial». La pieza recién encontrada parecía confirmarlo.

Elena, la curadora, no respondió. Colocó el objeto junto a una reproducción de la fotografía. La bailarina ocupaba casi toda la imagen; la supuesta media luna no alcanzaba la anchura de sus dedos. La imagen no bastaba para saber si veía la pieza junto a la mano
o una sombra en el telón.

—El fotógrafo podía exagerar el tamaño —dijo Marcelo.

—La fotografía, quizá. El objeto, no.

La exposición abría el sábado. Un colegio había prestado un cuaderno de ensayos, una familia había cedido el traje de Lidia y el archivo de la ciudad permitía mostrar la copia que todos conocían. Elena llevaba dos semanas intentando que esas piezas hablaran entre sí, no que repitieran una leyenda de catálogo.

Buscó el número de ingreso del supuesto abanico. No había tal número: el objeto apareció dentro de un sobre de cartón, mezclado con papeles de iluminación, sin ficha antigua. Tampoco tenía el desgaste que deja una mano al abrir y cerrar un abanico. Cada varilla terminaba en una perforación diminuta, y ninguna servía de mango. El remache permitía que las cuatro piezas giraran con independencia.

—Si lo abres —dijo el técnico Bruno, cuando Elena le mostró la pieza—, cada extremo mira a un lado distinto. Nadie abanicaría así.

Hicieron una prueba sobre una hoja blanca. Elena sostuvo el remache. Bruno movió las varillas hasta que el conjunto se pareció a un pájaro de alas torcidas. Proyectaron la luz de una pequeña lámpara de trabajo sobre el papel. La sombra fue más grande que el objeto y, por un instante, conservó la misma media luna extraña que aparecía en la fotografía.

Aun así, una semejanza no probaba nada. Elena necesitaba saber dónde se encontraba aquella figura durante el ensayo y quién la había construido.

La copia que colgaba en la pared era una impresión moderna. El archivo guardaba, en cambio, una transparencia de prueba entre dos láminas finas, con la imagen de Lidia visible por las dos caras. Un lado mostraba la escena como la conocía el público; en el otro, las posiciones aparecían invertidas. Al recibir luz desde atrás, se distinguían además pequeñas marcas de montaje cerca del borde, ocultas en la reproducción recortada.

Elena pidió que trasladaran la transparencia a la mesa luminosa. No la separó de su protección. Marcelo observó la misma media luna junto a la mano al mirar el frente.

—Ahí está —insistió—. La sostiene.

Elena dio la vuelta al conjunto. A contraluz se veía un hueco entre la mano
y la media luna. En la copia oscura se perdía.

El borde sin recortar revelaba un soporte vertical a un lado del escenario; sobre él se dibujaba la sombra de una figura articulada. Lo que parecía un abanico no estaba delante de Lidia. Se proyectaba sobre el telón detrás de ella.

—No estaba sosteniendo nada —dijo Marcelo, ahora más bajo.

—Estaba bailando con una sombra.

Las perforaciones de las cuatro varillas resultaron entonces comprensibles: permitían ensamblar una figura de papel para modificarla durante la escena. El remache era una articulación, no el eje de un abanico. Elena colocó la pieza de modo que su sombra cayera sobre una hoja. Bruno giró una varilla apenas unos grados. La figura pareció levantar un brazo.

Quedaba la pregunta más difícil: ¿de quién era esa figura?

Revisaron el cuaderno de ensayos. En las páginas dedicadas a Lidia había horarios, marcas de entrada y una lista breve de objetos: velo, taburete, bastidor. La palabra «abanico» no aparecía. Entre dos páginas, una hoja suelta presentaba cuatro dibujos de un cuerpo en movimiento. Bajo el último se leía, con letra pequeña, «E. Valcárcel: segunda articulación más larga». Era la única nota firmada.

La familia de la bailarina recordaba a Elisa Valcárcel como una dibujante de carteles. Ninguno de los textos de sala mencionaba sus trabajos escénicos. Elena no quiso convertir una nota aislada en una biografía inventada; pidió ver el resto del material atribuido a Elisa. En una carpeta de pruebas apareció un boceto del mismo remache de cobre y las cuatro perforaciones, con correcciones de puño y letra semejantes a las del cuaderno.

Las dos evidencias juntas permitían atribuirle el diseño de la figura. No demostraban quién había manejado la luz en aquella función. Elena mantuvo esa diferencia en el texto que preparó para la exposición.

El viernes, Marcelo llevó una propuesta de etiqueta: «El misterioso abanico de Lidia». Elena tachó solo la primera palabra. Después tachó la segunda y, por último, cambió la línea entera.

—Si le seguimos diciendo abanico —explicó—, la gente verá uno aunque se lo pongamos delante de los ojos.

La nueva vitrina no colocó la pieza junto al traje. La dejó abierta, protegida en un soporte bajo, con una fotografía de ambos lados y una reproducción de su sombra. Al acercarse, el visitante podía comprobar la diferencia entre el pequeño objeto, la figura proyectada y la mano vacía de la bailarina.

En el panel final, el nombre de Elisa Valcárcel apareció junto al de Lidia Arce. La primera había diseñado la figura articulada utilizada en el ensayo de sombras; la segunda había bailado con ella. Elena había conservado el papel envejecido, las cuatro varillas y el remache, sin convertirlos en una reliquia que no eran.

Cuando apagaron la mesa luminosa, la media luna desapareció del muro. El objeto siguió donde estaba, diminuto y completo. Por primera vez no hacía falta agrandarlo con una historia equivocada para que alguien lo mirara.